

auténticos testimonios, y no era admisible su evasiva de que nada se sabía en Inglaterra, cuando constaba que á mediados de setiembre había llegado á Londres una embarcación ligera despachada por el almirante mismo. Así no es extraño que una y otra nación se empeñaran en no dar respuestas categóricas y satisfactorias terminantes, y que anduvieran buscando eufugios, porque la verdad era que ninguna de las dos cortes obraba ni hablaba con sinceridad, que ambas se preparaban para un rompimiento, y que en medio de tantas protestas como por una y otra parte se hacían de desear el mantenimiento de la paz y de las buenas relaciones entre sí, no había ningún hombre político que no viera amenazar y estar próximas las hostilidades.

Como todo el que se mostrara algo adicto á Inglaterra era ya mirado de mal ojo, y el marqués de Grimaldo era notado de esto, trabajó eficazmente por su separación el embajador imperial conde de Königseg, que se había hecho el hombre de mas influjo y valimiento en la corte. Ayudaron á este propósito las disidencias entre Grimaldo y Orendain, justamente sentido aquel antiguo ministro de que este, que había sido protegido y subalterno suyo, se hubiera alzado con casi toda la autoridad que él antes tenía. Cayó, pues, el fiel Grimaldo (30 de setiembre, 1726), al cabo de veinte años de ministerio, con orden de que saliera al punto de Madrid, aunque señalándole dos mil doblones de pensión. Confiáronse todos los negocios extranjeros al marqués de la Paz, único que había intervenido en la alianza con el Imperio. A la separación de Grimaldo siguió la de Arriaza del ministerio de Hacienda, por haberse mostrado contrario al envío de las enormes sumas que se remitían á Viena. Dióse la presidencia de Hacienda á don José Patiño, que tenía ya el ministerio de Marina é Indias, y cuyo poder crecía cada día.

Ya no veía el embajador alemán cerca del rey de España otra persona que contrariara sus miras y pudiera neutralizar en parte su influjo, sino al P. Bermudez, confesor del rey, y muy de su confianza. La reina misma, que le aborrecía, no había podido conseguir su separación. Un suceso inesperado vino á satisfacer el deseo de la reina y del embajador austriaco. El padre Bermudez, que se había puesto en correspondencia con el obispo de Frejus, despues cardenal Fleury, ministro de Luis XV de Francia, entró un día en el cuarto del rey á enseñarle unas cartas que acababa de recibir del ministro francés. En el acto de estarlas leyendo asomó la reina á la cámara, y como si sintiera interrumpirlos en sus negocios hizo ademán de retirarse. «Podeis entrar, le dijo el rey; el padre Bermudez me hablaba de estas cartas del cardenal Fleury.» Y alargóselas á la reina para que las leyese. El confesor se retiró turbado. Con decir que en las cartas se aconsejaba á Felipe que moderara la confianza que tenía en su esposa, y que se contrariaba en ellas su sistema favorito, déjase comprender la indignación que se apoderaría de aquella irritable princesa. Aquella misma tarde recibió orden el confesor de retirarse á su colegio imperial de la Compañía, y se nombró en su lugar al P. Clarke, jesuita también, rector de los escoceses de Madrid, confesor que era del mismo conde de Königseg, y conocido por su adhesión á la familia y á la causa de los Estuardos (1).

Una de las cosas por que trabajaba con mas afán y mas ahínco la corte de Madrid era por desunir y separar la Francia de la Inglaterra. Ni Felipe ni Isabel perdonaban al duque de Borbon el desaire de la devolución de la infanta su hija, habiendo declarado que no le admitirían disculpa alguna mientras no le vieran venir á Madrid á pedirles perdón de hinojos. La opinión pública de Francia se pronunciaba contra el duque ministro por la repugnante inmoralidad que distinguía su gobierno; los parciales de España fomentaban las discordias interiores del reino vecino; el abad Fleury, obispo de Frejus, preceptor de Luis XV, había tomado un grande ascendiente, y las disputas entre el duque y el obispo produjeron al fin la exoneración del de Borbon, y la subida de

(1) Campo-Raso, Memorias políticas y militares, Continuación de San Felipe.—Cartas de Stanhope al ministro Walpole.—Memorias de Montgon, tomo II.

Fleury al ministerio, que aceptó con valor y resolución á pesar de sus setenta y tres años. Este cambio fué recibido con grande alegría por los monarcas españoles, que esperaban de él la reunión de ambas coronas. Sin embargo, el ministro prelado declaró al embajador inglés en París, Walpole, que estaba resuelto á respetar los compromisos de los aliados de Hannover, y la mediación del emperador que Felipe quiso indiscretamente poner en juego fué rechazada por Fleury como inoportuna, insidiosa y contraria á la fe de los tratados con Inglaterra. Y ya hemos visto el efecto que produjo la correspondencia que con el nuevo ministro de Francia entabló el confesor Bermudez. No dió mas lisonjeros resultados la intervención de los nuncios de Su Santidad en las cortes de Viena, de París y de Madrid, que trabajaban con empeño por una reconciliación por encargo del papa, que como padre común de los fieles, viendo agriarse las cosas cada día, procuraba evitar una guerra cruel y sangrienta en que temía ver envuelta toda Europa.

Convencido ya Felipe V de que eran inútiles sus gestiones por separar á Francia de Inglaterra, y cada vez mas receloso de las intenciones hostiles de esta potencia, tomó sus medidas para prevenirse á todo evento, mandó vigilar todas las costas, envió ingenieros para reparar y fortificar las plazas, se aumentó la guarnición de Cádiz, y se formó un campo militar en la isla de Leon. Estrechó mas los nudos de la alianza con la corte imperial; envió nuevo embajador á Viena, y activó las remesas de dinero á aquella corte para tenerla mas propicia. Todos los que habían seguido la causa de Austria en la guerra de sucesión volvieron á la posesión de sus bienes confiscados, y les fueron reconocidos sus empleos, títulos y dignidades dados por el emperador, como si les hubiesen sido otorgados por el rey de España. Alentaba á Felipe la adhesión que la emperatriz de Rusia había hecho al tratado, y la esperanza con que el emperador contaba de separar enteramente á Prusia de la liga de Hannover.

Al fin se decidió Felipe á salir de aquella situación problemática con Inglaterra, y resolvió acometer la empresa de la recuperación de Gibraltar, fiado en que no le faltaría el auxilio del emperador, animado á ello por el embajador Königseg, y sin que al ministro inglés Stanhope le sirvieran las reflexiones que para retraerle de este propósito hizo al marqués de la Paz en diferentes conferencias que con él tuvo; hasta que viendo que no lograba disuadirle de aquella idea, y que los preparativos no se suspendían, lo comunicó al almirante Hopson que cruzaba las costas de España, para que se acercara á Gibraltar y proveyera á su defensa. Varios generales, instruidos con la experiencia de lo pasado, representaron al rey las dificultades y peligros de aquella empresa, y entre ellos el marqués de Villadarias, como el mas escarmentado de la funesta tentativa de otro tiempo. Pero el conde de las Torres, virey de Navarra, á quien se llamó á la corte, y hombre de acreditado valor, pero no de tanta prudencia, lo representó como cosa asequible y fácil, y en su virtud fué nombrado general del ejército que se destinaba á la reconquista de Gibraltar.

En los momentos en que tan grave negocio parecía ocupar toda la atención de la corte, las noticias que se tuvieron de la peligrosa enfermedad que por entonces acometió á Luis XV de Francia vinieron á renovar en Felipe V y en la reina la idea de la sucesión á aquella corona en el caso de morir aquel monarca. Preocupados con esta idea, acordaron enviar á Francia un agente íntimo con instrucciones confidenciales. Este agente era el abate Montgon, oriundo de Francia, que cuando Felipe V con motivo de su abdicación se retiró á la Granja de San Ildefonso, quiso acompañarle en el retiro, estimulado, decía, del solo deseo de ser testigo de las altas virtudes de S. M. y de imitarlas y fortalecerse en ellas con su ejemplo, sin ambicionar ni rentas ni dignidades. Obtúvolo, hasta con permiso del duque de Borbon, que á su venida á Madrid le encargó que trabajase por la reconciliación de ambas monarquías. Cuando Felipe volvió á recobrar el cetro, este eclesiástico alcanzó la audiencia de su corte para entrar al servicio de España, y como había acertado á hacerse agradable al rey, fué á quien escogió Felipe para confiarle aquella

mision delicada. Al efecto, de acuerdo con la reina, le dió sus instrucciones por escrito (24 de diciembre, 1726), harto minuciosas, para que arreglara en un todo su conducta á ellas (1). Fuéronle también entregados unos apuntes escritos de mano de la reina, propios para dar á su mision un pretexto plausible, y con arreglo á los cuales había de hablar al cardenal de Fleury. En ellos expresaba: «Que las voces que corrian en Francia de que los monarcas españoles no querían oír proposición alguna encaminada á su reconciliación con el rey su sobrino, carecían de fundamento, antes estaban prontos á renovar la buena inteligencia que entre ellos había mediado hasta el regreso de la infanta.» A lo cual seguía una excitación al rey Luis para que prefiriera la alianza con el Imperio y la España á la de las potencias protestantes. Cuidóse también de dar al viaje de Montgon visos de un desaire á instancias del ministro imperial.

Muy lejos estuvo el abate, dice un historiador extranjero, de conducirse con la reserva y circunspección que tan delicada comisión exigía y que le había sido tan recomendada. Al contrario, hízolo todo al revés de lo que se le prevenía en las instrucciones. Desde la primera conferencia que tuvo con

(1) Instrucciones para el abad de Montgon.

Despues de un pequeño preámbulo, ponderando la confianza que le inspiraba su fidelidad, le decía el rey:

1. Os mando paseis incontinenti á Francia, en donde procurando conocer aquellos que me son afectos, los que lo son á la casa de Orleans, igualmente que los indiferentes, me deis parte de todo, haciendo lo posible para aumentar el número de los primeros, sin explicarlos demasiado: porque muchos, con el pretexto de decir que me son afectos, podrian descubrir el misterio, y servirse de él para oponerse en llegando la ocasión, y aun perjudicar el estado presente de mis negocios...

2. No comunicareis cosa alguna de vuestra comisión, ni al cardenal de Fleury, ni al conde de Morville (ministro de la Guerra), al primero, por sus compromisos con la casa de Orleans, y también porque de algun tiempo á esta parte tengo motivo para desconfiar de él. Tratáreis con él como particular, pero no le hablareis de negocios, á menos de recibir órdenes mías terminantes... Por lo que hace al conde de Morville, sé que está totalmente en la dependencia de los ingleses: por lo mismo debeis tratarle con cautela, y sacar de él las noticias que pudieris, y comunicármelas.

3. Procurareis manejarlos de modo que no deis la menor sospecha á los ministros del emperador; tratar con ellos como con los demás, y no darles á conocer ni á sospechar que llevais encargo particular mio, ni ahora ni nunca sin expresa orden mia.

4. Daréisme parte hasta de las menores bagatelas, procurando para esto introducirlo cuanto sea posible, pero sin afectación.

5. Vuestro tren en París ha de ser el de un simple particular, evitando daros aquel aire de que suelen revestirse los ministros, porque serán muchos los que os observarán.

6. No hablareis nunca de reconciliación, atendido el estado en que están ahora las cosas.

7. Procurareis en el mejor modo posible ganar al duque de Borbon, asegurándole que si quiere empeñarse en mi causa, que es la justa, olvidaré lo pasado, y podrá esperar en mí todo género de atención y amistad hácia su persona. Esto exige todo vuestro cuidado y sagacidad, por lo que importa el secreto impenetrable sobre esta materia.

8. Conviene no ignoreis que el marqués de Pompadour es y ha sido siempre amigo... (aquí seguía instruyéndole de cómo había de hablar á este y á otros).

9. Os doy una carta credencial de mi mano para el parlamento, á fin de que la presentéis luego que fallezca el rey mi sobrino, en la cual ordeno que en cuanto suceda el fallecimiento se me proclame rey de Francia.

10. Me informareis en llegando á París si debo escribir algunas cartas sobre esto á los diferentes órdenes del Estado, así eclesiásticos como seculares...

11. Si es necesario nombrar un consejo de gabinete, ó cualquier otro, ó un regente durante mi ausencia, me avisareis, designando las personas que tuviereis por mas á propósito para ello: así como también si la reina, sobreviviendo al rey, necesita custodios que cuiden de su preñado y de lo que pudiera acaecer.

12. Luego que veais al rey mi sobrino acometido de algun síntoma peligroso, me despachareis un correo, y si llegase á morir, otro con esta noticia...

13 y 14. En estos dos artículos le advertía cómo había de seguir la correspondencia, y le prevenía que la guardara, así como esta instrucción, de modo que nadie la pudiese jamás encontrar.—Madrid 24 de diciembre de 1726.—Firmado.—Fleury.—Memorias de don José Campo-Raso, tomo I, A. 1726.—William Coxe, reinado de la casa de Borbon, cap. 38.

Fleury penetró este sagaz ministro todo el plan de su secreta mision, y llegó hasta ver las órdenes que se le habían confiado. Habló de reconciliación precisamente á Morville, el defensor acérrimo de los intereses y de la alianza de Inglaterra. Agasajáronle mucho, porque así les convenia para saber por él todos los planes de Felipe, y cuando le pareció á Fleury se desprendió diestramente de él. Regresó pues Montgon á España trayendo á los reyes noticias lisonjeras de la fidelidad de sus parciales en Francia, y del espíritu de la nación francesa, en general favorable á Felipe, lo cual era verdad, y halagó grandemente á ambos soberanos; y con esto y con declamar mucho contra el cardenal de Fleury, creyeron deber recomendar sus misteriosos servicios, sin advertir ni sospechar que había dejado allá la clave de los misterios (2).

A este tiempo habían comenzado las hostilidades de España contra Inglaterra, y por orden del rey había sido apresado en Veracruz el navío de la compañía del Sur *Príncipe Federico*, que llevaba un riquísimo cargamento de mercancías, como en represalia del bloqueo que la escuadra inglesa tenía puesto á Porto-Bello. El ejército destinado á la conquista de Gibraltar se hallaba reunido en Andalucía en número de veinticinco mil hombres. En esta situación el rey Jorge de Inglaterra convocó las cámaras, y expuso en ellas el estado de la nación, los designios de las cortes de Madrid y Viena, y la necesidad de concurrir unánimemente á la defensa del reino (28 de enero, 1727). No faltaron, especialmente en la cámara de los lores, discursos de miembros muy autorizados contra la conducta del gobierno, como no faltaban en el pueblo escritos de oposición á la marcha del ministerio. Uno de los lores concluyó el suyo diciendo: *Si en la guerra que veremos emprender somos superiores, ¿qué vamos á ganar? nada. Y si somos vencidos, ¿qué aventuramos? todo.* Verdad es que estos discursos no quedaron sin contestación, y que el gobierno alcanzó gran mayoría, si bien diez y ocho individuos firmaron una protesta contra la votación hecha á favor de la corte. Otorgó, pues, el parlamento, abundantes subsidios de hombres y dinero al rey. La nación en general, y especialmente la ciudad de Londres, hicieron espontáneamente sacrificios extraordinarios, y el rey dió un banquete á la municipalidad en que se gastaron mil quinientas libras esterlinas (3). Enviáronse á Gibraltar naves con regimientos y abundancia de viatuallas, y se tomaron medidas para defender las costas de una invasión. Se despidió bruscamente al embajador del Imperio conde de Palus. Holanda, Suecia y Dinamarca ratificaron su adhesión al tratado de Hannover; se formó un ejército francés en la frontera de Alemania, y la muerte de Catalina I de Rusia privó al Imperio y á España de un apoyo poderoso en el Norte de Europa. Mas no obstante, el emperador tomó medidas para la seguridad de los Países Bajos, y destinó dos ejércitos, uno al Rhin y otro á Italia, mandados, el primero por el príncipe Eugenio, el segundo por el conde Guido de Staremberg, figurando en las listas de las tropas imperiales hasta doscientos mil hombres entre infantería, caballería y demás armas. Prusia andaba todavía vacilante, si bien algunos príncipes alemanes ofrecieron sus contingentes al Imperio.

Entre tanto las tropas españolas en número de veintinueve batallones, que componían unos doce mil hombres, se aproximaron á la plaza de Gibraltar y acamparon á su vista (30 de enero, 1727). Comenzaron luego las operaciones de sitio, y el 22 de febrero se abrió la primera brecha, con cuyo motivo mediaron algunas contestaciones entre el gobernador Clayton y el general español conde de las Torres. Los navíos ingleses se pusieron fuera del tiro de las baterías españolas: cuatro naves francesas que estaban en la bahía se retiraron. Un cuerpo de dos mil españoles llegó á situarse bajo el cañón de la plaza, mas no pudo sostenerse á causa del fuego de la flota

(2) Comunicaciones y memorias de Walpole.—Sin embargo el continuador español del marqués de San Felipe dice todo lo contrario, como veremos luego.

(3) «La alegría de los convidados, añade un escritor de aquel tiempo, celebrando esta fiesta, fué tan completa que se agotaron mil y doscientas botellas de vino, y se tiraron al aire hasta cincuenta docenas de vasos.»—En las historias de Inglaterra se dan curiosos pormenores acerca de las discusiones y de los acuerdos de las cámaras.

inglesa que se acercó á la playa de Levante. Las baterías de una y otra parte continuaron los días siguientes disparando con igual empeño y ardor, hasta que el 5 de marzo las españolas lograron apagar los fuegos de siete piezas que los enemigos tenían en el fuerte de la reina Ana. Con la noticia que llegó á Madrid de estos sucesos el caballero Stanhope pidió sus pasaportes, y el marqués de la Paz se los expidió (11 de marzo), partiendo en consecuencia aquel embajador con toda su familia por Bayona y París.

Proseguía con empeño el sitio de Gibraltar, á pesar de las lluvias y los vientos, que solían deshacer algunas obras. Entre las diferentes baterías de los españoles las había de veinte piezas. Grande era también el fuego que se hacía de la plaza, y tan frecuente que esto mismo fué causa de que se les inutilizaran á los enemigos porción de cañones por no lavarlos. Las noticias que á este tiempo se recibían de la escuadra inglesa de las Indias tampoco eran favorables á aquella nación. Las enfermedades iban menguando considerablemente la tripulación: la *espuma*, especie de carcoma que abunda en aquellos mares, destruía de tal manera las embarcaciones, que el almirante avisó que no podía permanecer en aquellas aguas, y que necesitaba volver á Inglaterra para carenar los leños. Al fin la flota se retiró á la Jamaica, y para mayor infortunio suyo murió el almirante Hossier, cabiendo la misma suerte á dos comandantes que le sucedieron. Con esto la armada española tomó la vuelta de España, y aunque la dispersó una borrasca terrible arribaron á Cádiz los generales don Antonio Castañeta y don Antonio Serrano con dos navíos de sesenta cañones cada uno, en que venía la mitad del tesoro que había estado allí detenido. A los pocos días entró también en el puerto de la Coruña el otro jefe de escuadra don Rodrigo de Torres con cinco navíos de guerra y tres mercantes, trayendo la otra mitad del tesoro. El cargamento todo de esta flotilla se valuaba en diez y ocho millones, quince en oro y plata y tres en mercaderías. Celebró el rey don Felipe este feliz suceso con una fiesta religiosa en el templo de Atocha, en que se cantó el *Te-Deum*. Recompensó á Castañeta, haciéndole merced de una pensión de dos mil quinientos ducados anuales, y á Serrano promoviéndole á teniente general de marina. En la corte de Londres causó gran pesadumbre, y el pueblo se llenó de confusión y de recelos (1) Recibióse también á este tiempo otra buena nueva, la de haber levantado definitivamente los moros el sitio de Ceuta, después de veinticuatro años de hostilidades contra aquella plaza (2).

En medio de la alegría de estas prosperidades veíase que el sitio de Gibraltar, lejos de dar un pronto resultado, como el conde de las Torres tantas veces había prometido, estaba ocasionando padecimientos y bajas en el ejército por temporales y enfermedades, y presentaba síntomas de ser tan desgraciado y tan inútil como el de 1705, especialmente después de haber logrado penetrar en la plaza fuertes socorros de Inglaterra. Quejábanse ya los generales al ministro de la Guerra, marqués de Castelar, del estado infeliz en que se hallaban las tropas, y de la obcecación del conde de las Torres en persistir en una empresa que no había de dar otro fruto que sacrificios inútiles, como entonces los jefes se habían quejado de la temeridad del marqués de Villadarias. Pero ahora el de las Torres, como entonces el de Villadarias, no cesaba de dar al rey lisonjeras seguridades de un pronto triunfo y de un feliz éxito. Entre otros quiméricos proyectos que concibió aquel general fué uno el de minar el famoso peñón para hacerle saltar y que sepultara la población bajo sus ruinas, «último recurso, dice un escritor español de aquel tiempo, de la imaginación guerrera del conde de las Torres, y que no sirvió sino para renovarnos la memoria de la Caverna de Montezinos» Así es que los ingleses, conocedores de lo absurdo de semejante designio, dejaban trabajar en la mina sin inquietarse por ello.

La guerra comenzada entre Inglaterra y España con el sitio

(1) Belando, Hist. civil, part. IV, caps. 78 y 79.—Memorias de Campo-Raso, tom. I.

(2) Motivó esta resolución la muerte del rey de Mequinez Muley Ismael, y las disensiones suscitadas entre los muchos hijos que dejó.

de Gibraltar amenazaba extenderse á toda Europa, y envolver á todas las potencias, comprometidas unas por la alianza de Viena, otras por la de Hannover. En el Norte, en el Centro y en el Mediodía se habían hecho aprestos bélicos imponentes; y sin embargo, en el fondo los príncipes y Estados que no tenían un interés directo en las pretensiones del emperador y del rey de España temían una guerra que podía producir una general devastación y deseaban la paz. Ya hemos indicado con cuánto interés habían trabajado para evitar la guerra los legados de Su Santidad en las cortes de Viena, de París y de Madrid. Lo que importaba á la Holanda era la abolición de la Compañía de Ostende por perjudicial á su comercio, pero ni ella ni otras potencias favorecían con mucho gusto una guerra contra la casa de Austria que pudiera destruir el equilibrio europeo, y entre los hombres de Estado de la misma Inglaterra predominaba este pensamiento del equilibrio de Europa; tanto que al diplomático Horacio Walpole por su apego á esta idea le daban el apodo de *el Doctor Equilibrio* (3). Al fin el rey de Francia, ó mas bien su primer ministro el cardenal Fleury, que deseaba mantenerse en el puesto que ocupaba, se decidió á ofrecer su mediación al emperador, y el duque de Richelieu, embajador de Francia en Viena, hizo las primeras indicaciones, que fueron acogidas aun mejor de lo que se esperaba; y es que Carlos VI veía ya con disgusto los compromisos en que le envolvía el empeño en sostener la Compañía de Ostende, y la ninguna esperanza de vencer en este punto la inflexibilidad de las potencias marítimas. Una vez iniciadas las conferencias, tratóse ya el punto con los embajadores de las demás naciones, y después de presentarse varios proyectos, y después de las impugnaciones, de los debates y de las modificaciones que son casi indispensables en tales casos, conviniéronse al fin ciertos artículos preliminares que el emperador aceptó (21 de mayo, 1727), y que llevados á París fueron firmados á los pocos días (31 de mayo), acordándose celebrar para el tratado definitivo un congreso, para el cual se señaló primeramente la ciudad de Aquisgran, después la de Cambrai, y por último la de Soissons.

Estos preliminares que firmaron el baron de Fonseca, el conde Morville, Horacio Walpole y Guillermo Borrel, ministros de Austria, Francia, Inglaterra y Holanda, contenían por principales bases, que cesarían inmediatamente las hostilidades, que se suspendería por siete años la Compañía de Ostende, y que el Congreso de la paz se reuniría en el término de cuatro meses (4) Hubo alguna dificultad en la corte de Madrid, donde sorprendió la noticia de este suceso. Celebráronse algunas reuniones de embajadores y ministros, pero al fin el rey, que se hallaba en aquellos días enfermo, cedió en obsequio de la paz, y dió su aprobación á los preliminares (19 de junio), pasando inmediatamente las órdenes oportunas á Gibraltar para que se suspendiesen las hostilidades, como así se ejecutó por medio de un convenio entre el gobernador de la plaza y el conde de las Torres. De esta manera concluyó el segundo sitio de Gibraltar, tan ruidoso y casi tan funesto como el primero, pues al cabo de cerca de cinco meses la tropa padeció en extremo, la artillería quedó inservible, y el conde de las Torres no dió mas ventajoso resultado de su imprudente empresa que el que había dado en otro tiempo el marqués de Villadarias (5).

No alcanzó el rey Jorge I de Inglaterra á disfrutar del resultado de esta negociación, por la cual recibía muchos plácemes, pues habiendo partido, luego de firmados los preliminares, á sus Estados de Alemania, sorprendióle la muerte en Osnabruk (22 de junio, 1727), en la misma morada, dicen, en que había nacido en 1660. A los cuatro días de su fallecimiento fué proclamado en Londres rey de la Gran Bretaña su hijo con el nombre de Jorge II.

La circunstancia de haber dado felizmente á luz la reina de España otro infante (25 de julio, 1727), á quien se puso

(3) Historia de Inglaterra: Reinado de Jorge I.

(4) Eran doce artículos: Belando en la parte IV de su Historia civil inserta el texto latino.

(5) Belando, Historia civil, part. IV, caps. 81 á 83.—Campo-Raso, Memorias militares y políticas, ad. am.

por nombre Luis, pareció buena ocasión al rey de Francia, cuya salud se iba mejorando y robusteciendo visiblemente contra todos los cálculos, para dirigir una carta de parabien al rey de España su tío. Recibió y leyó Felipe con particular complacencia esta carta, y declaró públicamente quedar hecha la reconciliación. En su virtud, y no siendo ya necesaria la presencia del abad de Montgon en París, fué otra vez llamado á España, donde vino al cabo de algun tiempo, quedando muy satisfechos los reyes, dice un escritor español contemporáneo, de la habilidad con que supo manejarse en la delicada comisión que le habían confiado, y tan agradecidos que le hubieran, añade, elevado al ministerio á no haberse opuesto á ello decididamente sus émulo y enemigos en España, y en union con ellos el cardenal de Fleury, que conocía y temía su sagacidad y talento (1).

Faltaba solo vencer los reparos y dificultades que ponía el monarca español para la ratificación de los preliminares, que hasta entonces no había hecho sino aceptar, y era lo que retardaba la conclusion de la paz que ya todos apetecían. A este fin vinieron á Madrid los embajadores de Inglaterra y de Francia, Keene y Rotembourg, que con los de Holanda y el Imperio, Wander-Meer y Konigseg, celebraron varias conferencias con el marqués de la Paz. Mostrábase fuerte la corte de España, y la principal repugnancia del rey don Felipe consistía en restituir las presas hechas por la flotilla española de las Indias, y principalmente en la del famoso navío inglés *Príncipe Federico* cogido en Veracruz, al menos mientras los ingleses no evacuaran la isla de la Providencia, y no demolieran las fortalezas construidas en la costa de la Florida, y todo lo existente en las partes del Nuevo Mundo, donde ni Inglaterra ni otra nación alguna podía introducirse. Sin embargo, estas dificultades se hubieran zanjado mas pronto sin las condescendencias del embajador de Francia, que parecía haberse propuesto contemporizar con todos y entretener la negociación, dando motivo á sospechar que tenía un interés personal en prolongar su embajada; pero apretado por los de las demás potencias, y por el mismo cardenal Fleury á quien se dirigían las quejas y reclamaciones, convino en que el conde de Rotembourg escribiera un papel al marqués de la Paz que contendría la manera de llegar al término de este negocio, y que el ministro español le respondería en otro expresando la voluntad de su soberano. Así se verificó; y el marqués de la Paz, en nota de 3 de diciembre (1727), ofreció en nombre del rey Católico: 1.º retirar sin dilación y enviar á cuarteles las tropas de Gibraltar, quedando las cosas conforme al tratado de Utrecht: 2.º dar orden para que se entregara á la compañía del Sur el navío *Príncipe Federico*, y dejar á los ingleses el libre comercio de las Indias, con arreglo al tratado del Asiento, y á los artículos 2.º y 3.º de los preliminares: 3.º hacer entregar inmediatamente á los interesados los efectos de la flotilla, como en tiempo de plena paz.

(1) Este juicio del autor de las Memorias políticas y militares para servir de continuación á los Comentarios del marqués de San Felipe, acerca del desempeño y conducta del abad de Montgon en la comisión que llevó á Francia, está, como el lector habrá observado en abierta contradicción con lo que de él nos ha dicho antes el historiador inglés del reinado de los Borbones en España, que nos le ha representado ligero, crédulo, indiscreto y torpe en el desempeño de su cometido. ¿Cuál de ellos le habrá juzgado con mas acierto y verdad? El inglés Coxe se conoce haber fundado su juicio sobre las Memorias de Walpole, embajador de su nación en París, cuya influencia y cuyos planes precisamente iba encargado de combatir el abate francés, y por lo mismo no es maravilla tratara sin indulgencia á quien llevaba el plan de separar la Francia de la amistad de Inglaterra, y de reconciliar al monarca francés con el español, como al fin se consiguió. El español Campo-Raso no tenía estos motivos de prevención contra el negociador eclesiástico, y por otra parte acredita estar muy á fondo informado de la marcha de todos los negocios y accidentes políticos de su tiempo.

Lo cierto fué que el abad de Montgon tuvo muchos enemigos en Francia y en España, los cuales lograron entibiar la estimación en que el rey le tenía, hasta que consiguieron alejarle de Madrid. Entonces se fué á Portugal, con motivo de las relaciones que tenía con el infante don Manuel. Allí estuvo dos ó tres meses, hasta que sus émulo le obligaron también á retirarse de aquel reino. Volvió á Francia su patria, donde no le fué mas propicia la fortuna, pues molestado y perseguido por el cardenal de Fleury, se vió al fin obligado á refugiarse en Roma.

Todavía no satisfizo esta respuesta á los embajadores de Inglaterra y de Holanda, y muy especialmente al primero, por alguna diferencia que había entre una cláusula de las proposiciones del marqués de la Paz y las presentadas á nombre de S. M. B. Con tal motivo envió Keene un correo extraordinario á Londres; Wander-Meer significó que haría lo mismo á los Estados generales. Hubo, pues, nuevas quejas de unas á otras potencias, y nuevas pláticas entre los embajadores que residían en Madrid. Inglaterra aumentaba sus armamentos navales; despachóse á las Indias al contralmirante Hopson, y el almirante Wager cruzaba la costa de España. Jorge II de Inglaterra interesaba á Luis XV á que hiciera que el monarca español pusiera el *ultimatum* á los preliminares. Felipe V continuaba enfermo é hipocondríaco, y la reina era la que lo hacía y despachaba todo con el marqués de la Paz. A ellos se dirigió el embajador francés conde de Rotembourg, y en vista de sus reflexiones, y teniendo la reina y el marqués de la Paz las consecuencias de entorpecer por mas tiempo la conclusion de un negocio en que tantas potencias estaban interesadas, condescendieron en que se hiciera una nueva convención, y se firmó en el Pardo (6 de marzo, 1728) el acta de la ratificación definitiva de los preliminares (2), que suscribieron los ministros de España, Austria, Francia, Inglaterra y Holanda, quedando todo lo demás para arreglarse en el futuro congreso. Las tropas se retiraron de Gibraltar: aquietáronse las naciones, y esperábase todo de lo que se estipulara solemnemente en la asamblea de Soissons (3).

CAPITULO XVIII

Tratado de Sevilla.—El infante don Carlos en Italia

DE 1728 Á 1732

Congreso de Soissons.—Plenipotenciarios que asistieron.—Pretensiones de España desatendidas.—Proposición del cardenal Fleury.—Languidez y esterilidad de las sesiones y conferencias.—Disolvese sin resolver definitivamente ninguna cuestión.—Intenta Felipe V hacer segunda abdicación de la corona.—Cómo se frustró su designio.—Melancolía y enfermedad del rey.—Influjo y poder de la reina.—Dobles matrimonios de príncipes y princesas de España y Portugal.—Viaje de los reyes á Extremadura y Andalucía.—Planes y proyectos de la reina: nuevas negociaciones.—Célebre tratado de Sevilla entre Inglaterra, Francia y España.—Artículo concerniente al envío de tropas españolas á Italia.—Quejas del emperador.—Armamentos navales en Barcelona.—Inacción de las potencias signatarias del tratado de Sevilla.—Esfuerzos de la reina Isabel.—El cardenal Fleury.—Ultimatum al emperador.—Respuestas y notas.—Impaciencia de los monarcas españoles.—Ocupación de Italia por ochenta mil imperiales.—Situación alarmante de Europa.—Mediación del rey de Inglaterra.—La acepta la reina Isabel.—Tratado de Viena entre el emperador y el rey de la Gran Bretaña.—Declaración de los reyes de España é Inglaterra.—Se concerta la ida de tropas españolas y del infante don Carlos á Parma.—Convenio con el gran duque de Toscana.—Expedición de la escuadra anglo-española.—Viaje de don Carlos á Toscana y Parma.—Toma posesión de aquellos ducados.—Protesta del pontífice.

Por consecuencia de lo estipulado en los preliminares de la paz firmada por los representantes de las cinco potencias, se

(2) El acta del Pardo contenía los siguientes artículos:

1.º Se levantará inmediatamente el bloqueo de Gibraltar: las tropas volverán á sus cuarteles: se retirará la artillería: se demolerán las trincheras y demás obras de sitio: volverá todo por ambas partes al estado prescrito por el tratado de Utrecht.

2.º Se enviarán sin dilación órdenes claras y terminantes para entregar el navío *Príncipe Federico* y su carga á los agentes de la Compañía del Sur, que le enviarán á Europa cuando lo juzguen oportuno: los ingleses seguirán disfrutando el libre comercio de las Indias occidentales conforme al tratado del Asiento, confirmado por los artículos 2.º y 3.º de los preliminares.

3.º Se restituirá inmediatamente á los interesados los efectos de la flota, y asimismo los de los galeones, cuando hayan regresado á Europa, como en tiempo libre y de paz, conforme al artículo 5.º de los preliminares.

4.º S. M. C. se obliga, del mismo modo que lo ha hecho S. M. B., á observar cuanto se arregle y establezca (por lo concerniente á las presas hechas de la una á la otra corona, así como respecto al navío *Príncipe Federico*) en el futuro congreso.—Siguen las firmas, que se pusieron en los días 4, 5 y 6 de marzo.

(3) Belando, Hist. civil, part. IV, caps. 81 á 84.—Campo-Raso, Me-